

TOMÁS GONZÁLEZ ROLÁN, PILAR SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE, JOSÉ JOAQUÍN CAEROLS PÉREZ, *Ars moriendi. El Ars moriendi en sus versiones latina, castellana y catalana: introducción, edición crítica y estudio*, Ediciones Clásicas, S.A., Madrid, 2008, 196 pp.

En este libro, que forma parte del Proyecto de Investigación titulado «Estudio sobre la transmisión, conservación y difusión del legado clásico en el Medioevo hispánico (siglos XIII-XV)», patrocinado y subvencionado por la Dirección General de Investigación, Subdirección General de Proyectos de Investigación, tal como figura en la pág. 6 del mismo, se estudia un tema que ha preocupado siempre a los seres humanos de todas las épocas: la muerte. Las *artes moriendi*, que en sus dos redacciones latinas se inspiran en el *De scientia mortis*, obra del que fuera canciller de la universidad de París Jean Gerson nombrado por el papa español Benedicto XIII cuando su maestro Pierre d'Ailly fue promovido a la sede episcopal de Puy, son un auténtico género literario nacido a comienzos del s. xv. El *Ars moriendi* —la versión corta— se convirtió en los ss. xv y xvi en un best-seller, como señalan los autores (pág. 23), y fue tal su difusión, gracias a las órdenes mendicantes —se dice que su autor fue probablemente o un dominico o un franciscano—, que para su mejor comprensión por las clases no elevadas de la sociedad llegó a traducirse al alemán, holandés, francés, italiano, inglés, castellano y catalán, conservándose más de trescientos manuscritos y unas cien ediciones. Las *artes moriendi* representan, en definitiva, la lucha entre el bien y el mal, y son una especie de recetas en las que se hace una serie de consideraciones a los enfermos y moribundos que están preocupados por el destino de su alma ante la muerte inminente.

El libro de Tomás González Rolán, Pilar Saquero Suárez-Somonte y José Joaquín Caerols Pérez tiene dos partes claramente diferenciadas —la introducción y la edición—, pero ellos lo han estructurado en cuatro capítulos: una introducción, la edición de los textos del *Ars moriendi*, un apéndice y los índices.

En la introducción (pp. 13-75) se abordan ocho epígrafes, además de la bibliografía. En «la

evolución del concepto de la muerte y su relación con el Más Allá», el primer epígrafe, los autores arrancan desde Homero estudiando el concepto de la muerte y llegan a la Edad Media. En «factores propiciadores del surgimiento y difusión de las *Artes moriendi*», segundo epígrafe, se remontan al Concilio de Constanza y dicen que «de este Concilio... salió ... la idea de servirse de las *Artes moriendi* para la predicación sobre el tema de la muerte» (pág. 22). El tercer epígrafe se titula «aproximación a los estudios sobre las *Artes moriendi*» y en él se hace una muy documentada exposición, cargada de notas a pie de página, de los trabajos que hasta el momento se han hecho de estos tratados y se afirma que el libro más completo que hay para estudiarlos es el ya clásico de sor Mary Catharina O'Connor, aunque desde 1942 —año en el que fue publicado el libro de esta religiosa norteamericana de las Hermanas de la Santa Cruz— parece ser que los investigadores se han interesado más por el tema, si bien es cierto que más bien por los aspectos históricos y artísticos que por los filológicos, como hacen ahora los autores del libro que reseñamos. «La relación entre las dos redacciones latinas, el *Tractatus artis bene moriendi* y el *Ars moriendi*» es el cuarto epígrafe. En la discusión que hay sobre cuál de las dos redacciones es anterior o incluso si la primera es la fuente de la segunda, nuestros autores se inclinan, después de un análisis filológico de ambas obras, por que la primera, que es la versión más larga, se inspiró en el *Ars moriendi*, y no al revés como sostiene la mayoría. A continuación viene el epígrafe quinto con un título elocuente, «estructura, contenido y fuentes del *Ars moriendi*», en donde se afirma que fue la creencia en el llamado «Juicio particular» lo que permitió el nacimiento y la difusión de esta obra. El epígrafe sexto se refiere a las versiones castellana y catalana que junto con la latina son el objeto de la segunda parte del libro. En el epígrafe séptimo titulado «la difusión del *Ars moriendi* en España y su posible influencia en las *Coplas de Jorge Manrique*» los autores de nuestro libro, después de exponer las opiniones de Pedro Salinas, Francisco Gago Jover y Vicente Beltrán sobre si Jorge Manrique conoció o no alguna versión del *Ars moriendi* afirman que «hay razones para sostener que Jorge Manrique, apoyándose en la más

antigua tradición cristiana sobre la muerte, ha ido un paso más allá que el *Arte de bien morir* y en sus *Coplas* aporta un tipo de muerte mucho más moderna, más humana, más renacentista o, si se quiere, más enraizada en el Humanismo cristiano» (pág. 61). «Los grabados del *Ars moriendi* latino y de sus traducciones hispánicas» es el último epígrafe, dedicado a comentar y comparar los once —o mejor los veintidós— grabados que acompañan al texto y que se refieren cinco a las tentaciones del diablo, otros cinco a las inspiraciones del ángel sobre la fe, etc., y el undécimo a la buena muerte del agonizante. Una bibliografía amplísima (pp. 68-75) es el colofón de la que nosotros hemos llamado primera parte del libro.

En esta introducción los autores hacen afirmaciones de profundo calado que exigen mucha reflexión y amplios conocimientos de la doctrina cristiana, como, por ejemplo, cuando en pp. 19-20, nos dicen cosas como éstas: «Estos cambios introducidos en la concepción cristiana del trasmundo nos permiten hablar ahora no sólo de dos vidas y dos muertes, como hicimos para el período comprendido entre los orígenes del cristianismo y finales del siglo XII, sino de tres vidas (la terrenal, la de la Gloria para el alma tras la separación del cuerpo, y la vida eterna —alma y cuerpo— tras la Resurrección) y también de tres muertes, la primera, o muerte física, que aflige sin distinción a toda la humanidad a causa del pecado original, la segunda o muerte del alma, tras el Juicio particular, y la tercera o muerte eterna del alma y del cuerpo, tras el Juicio final y la Resurrección de los muertos».

La segunda parte es la edición propiamente dicha del *Ars moriendi* (pp. 77-196). La inician una página dedicada a los criterios de edición y otra a las siglas tanto de los testimonios latinos como romances (castellano y catalán). Para el texto latino los autores han cotejado dos ediciones xilográficas —la de la Biblioteca Colombina de Sevilla y la de la Biblioteca Nacional de París— y cinco manuscritos de Gran Bretaña —tres de la Oxford Bodleian Library, uno de la Oxford University College Library y uno de la British Library—. Para el texto castellano utilizaron el ejemplar de la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial —*Arte de bien morir y breve confesionario*— y para el texto catalán el de la

Biblioteca de Catalunya —*Art de be morir ab lo breu confesionari*—.

Además del proemio, hay once textos con sus correspondientes grabados que, como señala C. Bascetta —en «Il volgarizzamento italiano di un'ars moriendi del XV secolo», *Lettere italiane*, 15:2, 1963: abril/junio, pág. 203— contribuyeron bastante más que el texto, privado de auténtico vigor, a la enorme difusión del librito. La disposición que hacen nuestros autores es la siguiente: cada uno de los once textos se inicia con un página par en la que se ha colocado el grabado correspondiente, en la página enfrentada impar aparece el texto latino, en la otra página impar el grabado del texto en romance y en página enfrentada los textos en castellano y en catalán en dos columnas. De este modo el lector no sólo tiene la oportunidad de comparar los textos en las tres lenguas, sino también los grabados. Además, en el texto latino tenemos a pie de página dos aparatos, uno de fuentes —el texto está lleno de reflexiones tomadas de los evangelios y citas de los Santos Padres e incluso de Gerson— y el otro crítico, mientras que en los textos castellano y catalán aparecen notas a pie de página, si ha lugar, con las lecturas que desde el punto de vista de los editores son erróneas.

Nuestros editores han tenido el acierto de editar el *De scientia mortis*, esa obra de Jean Gerson que hemos dicho que fue la fuente de donde bebió el dominico o franciscano autor del *Ars moriendi*, en un apéndice correspondiente a las páginas 157-166, en dos columnas por cada página, colocando en la columna de la izquierda el texto latino y en la columna de la derecha su traducción castellana hecha en Zaragoza en 1529.

Tomás González Rolán, Pilar Saquero Suárez-Somonte, José Joaquín Caerols Pérez terminan su obra con dos índices (pp. 167-196). El primero es de «términos latinos traducidos» referido a términos relevantes en el que la entrada le da la palabra del texto latino, debajo de la cual aparece la traducción que se ha dado en el texto castellano y catalán. El segundo índice es el de los «términos latinos no traducidos», es decir, que recoge las palabras latinas que no han sido traducidas en ninguna de las ocurren-

cias y las que se mantienen inalteradas en las versiones castellana y catalana.

Se trata de un libro curioso cuyos textos antiguos propugnan una no me atrevo a decir eutanasia porque el término tiene según el DRAE otra acepción que, por cierto, actualmente es un tema muy controvertido debido a eso que ahora llaman una muerte digna, pero sí una buena muerte —que es lo que etimológicamente significa eutanasia— en el sentido cristiano y, al mismo tiempo, invitan a los cristianos a vivir teniendo siempre en cuenta el momento del tránsito.

Una cuidadísima edición que junto con la documentadísima y erudita introducción han dado como resultado un libro que, por cierto, los autores han dedicado a nuestro amigo y condiscípulo en la carrera de Filología Clásica en la Universidad Complutense D. Enrique Otón Sobrino que, como señalan en la dedicatoria, es «gran conocedor del tema de la muerte en la Antigüedad Clásica».

En fin, queremos acabar la reseña de este libro con las palabras de Carlo Bascetta en el

artículo más arriba citado, que traducimos así: Para el hombre moderno que ha renunciado a plantearse las grandes interrogaciones sobre el fin último de las cosas, sobre la creación, sobre el nacimiento y sobre la muerte, el significado de las palabras que leerán en las *Artes moriendi* (gracia, pecado, redención, beatitud o muerte eterna) pueden resultar oscuras y difíciles. ¿Qué cosas podemos buscar ahora en las *Artes moriendi* del s. XV? No sólo y únicamente el encanto de la lengua antigua y ni siquiera la profundidad y la riqueza de las argumentaciones teológicas, sino ante todo aquel religioso «sapere» que esclarece la oscuridad desesperante de la vida, que serena el alma turbada, que refuerza, en tiempos calamitosos, la voluntad vacilante.

Si a estas consideraciones sobre el contenido de los textos, fácilmente inteligibles porque, además de latín, están en castellano y catalán, añadimos la magnífica introducción que nos ofrecen los autores, tenemos un libro que puede leerse con provecho.

Fremiot HERNÁNDEZ GONZÁLEZ